

Álvaro Baquero-Pecino, *Sicarios en la pantalla: familia y violencia globalizada en la era neoliberal*

Madrid, Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, 2023. 204 pp.
ISBN 9788491923572

María Helena Rueda/ Smith College

¿Qué pasó con los llamados sicarios? Esos jóvenes asesinos a sueldo—que a finales del siglo XX dominaron la imaginación nacional colombiana, convertidos en símbolo de la degradación de la vida causada por la violencia del narcotráfico—en gran parte se han desvanecido de los medios noticiosos del país. Aunque ocasionalmente reaparece en ellos su memoria, o la realidad innegable de que aún existen en el país jóvenes dispuestos a cometer crímenes por encargo, su dominio del panorama mediático nacional es cosa del pasado. El legado de la fascinación mediática por el sicario permanece, sin embargo, en la producción audiovisual global desde y sobre América Latina, como bien lo analiza el reciente libro de Álvaro Baquero-Pecino, *Sicarios en la pantalla: familia y violencia globalizada en la era neoliberal* (2023). El análisis que lleva a cabo el autor es particularmente significativo para los estudios sobre la producción cultural globalizada desde y sobre Colombia, dado que la imagen mediática mundial actual sobre el país fue en gran parte forjada durante los años en que se popularizó la figura del sicario. Baquero-Pecino señala que el cine globalizado ha resignificado esa figura para convertirla en un constructo que da sentido a los horrores de nuestro tiempo, defendiendo la familia heteropatriarcal como fundamento del estado neoliberal.

Sicarios en la pantalla analiza películas comerciales sobre sicarios producidas o ambientadas en Brasil, Colombia, España y México, entre 1995 y 2015. La introducción del libro traza el origen de los imaginarios culturales sobre el sicario en la llamada “sicaresca”. Este término se usó para describir una serie de novelas y crónicas que a finales de la década de 1990 popularizaron en Colombia a este personaje, surgido de una realidad trágica que convirtió a jóvenes de los barrios marginales de Medellín en asesinos a sueldo. Los debates al respecto tuvieron su punto más activo cuando aparecieron el libro *No nacimos pa’ semilla* (1990), de Alonso Salazar, y la película *Rodrigo D. No futuro* (1990), de Víctor Gaviria. Baquero-Pecino señala que en su momento la opinión crítica colombiana estuvo dividida entre calificar estas obras como denuncias necesarias de una injusticia social o propulsoras de una fetichización del sicario en la industria cultural. Este último camino es el que seguiría la producción audiovisual global sobre estos personajes, con énfasis en el entretenimiento comercializado. La figura del sicario, en la lectura

de Baquero-Pecino, se convierte en un chivo expiatorio que, reforzando la familia heteropatriarcal, equilibra y justifica el orden social neoliberal.

Sicarios en la pantalla registra un amplio corpus de películas sobre sicarios. El autor concentra su análisis en trece cintas que hablan de sicarios adultos, entre ellas: *Solo quiero caminar* (Agustín Díaz Yáñez, 1995), de España; *Rosario Tijeras* (Emiliano Maillé, 2005), de Colombia; *O invasor* (Beto Brant, 2001), de Brasil; *Amores Perros* (Alejandro González Iñárritu, 2001), de México; y *Colombiana* (Olivier Megatón, 2011), de Estados Unidos. Los capítulos están organizados por temas y no por nacionalidad, siguiendo el enfoque transnacional del libro. El autor privilegia una perspectiva de género en su análisis, resaltando con ello la centralidad de los roles de género en los imaginarios que sustentan el orden social del neoliberalismo. Lo que está en juego en las películas que analiza Baquero-Pecino es una negociación de las estructuras sociales desde la familia, en tanto extensión del estado neoliberal que ha sido reconstituido en función del mercado y no del bienestar de los ciudadanos. El hogar en estas películas es caracterizado por un padre que, a pesar de estar ausente, ocupa el lugar dominante en la jerarquía social, dentro de una visión que desde la violencia reafirma la noción tradicional de la familia.

El tercer capítulo, enfocado en películas protagonizadas por mujeres sicarias, es quizás el más significativo. También es uno de los más pertinentes con respecto a la forma como la figura del sicario configura la imaginación global sobre Colombia. El análisis que realiza Baquero-Pecino sobre películas como *Rosario Tijeras* y *Colombiana* muestra cómo los medios globales equiparan el significante “Colombia” con “violencia”, proyectándolo sobre el cuerpo de una mujer. Con una firme sustentación en la crítica feminista de cine, Baquero-Pecino muestra que estas sicarias repiten tropos cinematográficos de lo monstruoso femenino, la mujer castradora y la *femme-fatale*, todos ellos asociados al predominio de la mirada masculina en el cine. Aunque supuestamente dotadas de agencia al portar un arma y matar por encargo, estas mujeres siempre reciben un castigo, es decir, pagan un alto precio por su desafío al orden patriarcal. En el proceso refuerzan la cosificación cinematográfica del cuerpo femenino, contribuyendo

a la naturalización de un sistema social que define las jerarquías en torno al género.

Este libro de Baquero-Pecino ofrece, en suma, un estimulante aporte a la reflexión sobre cómo se generan desde el cine imaginarios globales sobre América Latina y particularmente sobre Colombia. En su análisis, estos imaginarios refuerzan un orden neoliberal globalizado que se sustenta en paradigmas heteropatriarcales de género. La defensa de ese orden justifica, en estas películas, el ejercicio de la violencia. Dicha violencia es, además, artificialmente vinculada en tales filmes a una región geográfica que deviene en escenario de una alteridad donde se proyectan los daños del orden

neoliberal. Futuras investigaciones podrán indagar de qué manera estos imaginarios mediáticos globales se relacionan con las circunstancias reales de esas localidades que han sido teatralmente asociadas a tropos cinematográficos en el contexto neoliberal. En el caso de Colombia, sería iluminador investigar, por ejemplo, cómo se relaciona la hiper-sexualización de las supuestas sicarias colombianas con la reciente configuración mediática global de este país como destino de turismo sexual. El libro de Baquero-Pecino constituye una estimulante base para este tipo de análisis, por su acercamiento a la carga ideológica de las construcciones mediáticas sobre sicarios, que se ajustan bien al panorama comercial de los imaginarios globales neoliberales sobre la violencia.